

PASAJEROS

Alvar Joel

Y QUÉ ES EL TIEMPO

Malcolm Madigan sintió el frío alivio de la cachapa de su pistola. Sus pies ladeaban en el piso con aparente seguridad, pasado el mediodía en una calle copada por el sol y un polvo necio.

—Nada tan propicio para morir como el estar vivo, ¿no, Madigan? —Escuchó la voz sentenciosa del Kid que alejaba sus pasos nerviosos en dirección contraria a los suyos.

—A menos que uno ya esté muerto —le razonó Madigan con voz pausada, en tanto ajustaba el ala del sombrero para confundir en algo la resolana.

Cebarle un plomo al Kid le agenciaría la suficiente celebridad para el derroche. Katia, la linda y escurridiza Katia, quien acompañaba las letras del piano en el tablado del pueblo, no tendría otro remedio más que acomodarse a sus posibilidades. Sus hijos, su mujer, carajo, lo querrían por lo que es. Pero aque-

llo eran meras divagaciones, tan fugaces como los pasos que arrastraba. Demasiada amargura cargaba como para pensar en fertilizar sus sueños. Su parecer se empeñaba en apostar en un juego la humanidad en él acumulada.

Sintió el duro calor de un par de balas que no hicieron más que precipitar sus obsesiones. En tanto, el Kid ni siquiera habría movido las manos. De éste se rumoraban dos cualidades: su mediocridad como tirador y un sincero miedo a morir; su secreto —de esos secretos que todo mundo conoce— prescribía el empleo de dos gatilleros apostados en las azoteas cercanas o en alguna sombra conveniente a las espaldas de los rivales, para prepararlos antes de que el Kid los despidiera.

¿Cómo llegar con Katia tan fácil y acariciar el engarce de sus prendas, después de que ella le reiteró su desprecio en la última madrugada? Ya de entonces, e incluso antes, venía sangrando, aunque sólo él, en su soledad, lo padeciera. Esas dos balas calientes apenas para emular le supieron. Como un trago, dos, que se afinan de un sorbo para alardear de duro.

No podía quejarse, a su modo celebraba la oferta que el destino le ofrecía en una bravata de oportunista. En sus oídos se agolpaba el silencio y la realidad era un simple cuadro de costumbres. El fondo se le figuraba uno de esos daguerrotipos sepia con la imagen del Kid para siempre fija y difusa. Y qué es el tiempo, se preguntó extrañado en ese instante: el derrumbe de un costal de cosas viejas. Su mano tanteaba el ángulo preciso. Madigan acariciaba en el índice derecho su propia gloria.



LUZ VERDE

Estiras los músculos con un extraño movimiento que pareciera un juego de caricias con el forro del asiento. Quisieras despertar fuera de ahí.

Al verla venir presurosa, pensaste, querías hacerlo, que ella por algún motivo te buscaba. Pero si de lejos, en su modo de andar se parecen, no así la ligereza de movimientos. Su mirada aún sin esa perturbación convertida con los años en gesto.

Te miras tumbado boca abajo, sobre el tupido pasto, mientras el viento fresco sopla en el pelo de Isabel, cubierta por la sombra de un árbol. El declive te deja observar los edificios escolares. La torre de Rectoría, la biblioteca central, más allá la facultad de Ingeniería. Más acá, Humanidades; atrás, Ciencias Políticas.

—Desde aquí no puede verse.

—Depende de lo que quieras ver —te contesta ella, asomándose del libro para responderte.

—¿Tienes hambre?

—La tendré cuando termine de leer.

—¿No exageras un poco?

—Leer no es ninguna exageración.

—Es lo que te digo.

—Lo importante es leerlo a tiempo, justo cuando lo necesitamos.

—Prefiero hacerlo cuando me dé la gana.

Está nerviosa. En el movimiento casi imperceptible de tus ojos al espejo interior atrapas ese mismo movimiento inverso en ella. Un intento por encontrar algo, a alguien, aunque ese alguien seas tú, chofer de taxi. Se alisa el pelo y observa el interior de tu coche, a pesar de que quisiera tu charla, pero en esta ciudad de los muertos a la gente le gusta desear, nada más desear.

Observa la vestidura, menos vieja que el taxi, limpia, rojiza, con cinco ceniceros detrás de tu asiento, justo abajo de la leyenda "prohibido fumar". Los tapetes minuciosamente aseados, el vinyl del toldo apuntalado donde se nota vencido, las cabeceras correctamente adaptadas a un modelo que originalmente no las tenía, la "victoria alada" incrustada en el cofre como símbolo de tus aspiraciones, el largo espejo retrovisor con el que indagas lo que sucede a tus espaldas. Alzas la vista para compararla con su doble; en los espejos todos son dobles.

Ves el taxímetro. Ella estudiaba mientras tú conducías. Quería que también tú terminaras la carrera que habías comenzado muchos años antes que ella. Pero tú quisiste dar la impresión de que te sacrificabas y nunca pudiste terminar, te anquilosaste en los cursos que sabías nunca ibas a concluir. No obstante tu conocimiento de los ma-

nuales, de las verdades sabidas en clase. De los temas que a cada profesor le interesaban, de los pasajes de los libros más frecuentados y las citas ineludibles. Le creaste el interés por los libros, de eso podías estar orgulloso, aunque después no supieras cómo quitárselos.

Mentalmente contabilizabas el costo de los viajes, los minutos de retraso de Isabel al concluir las clases, las fotocopias, los libros de la biblioteca, las despedidas. Para colmo, el aventón a los amigos, gratis.

—¿Qué es lo que dices?

—Decía —contestó Isabel— que no tienes ya que sacrificar-te. Con lo que gano y las becas de estímulo que recibo alcanza para los dos, mientras tú terminas también.

—Muy sencillo.

—Si tú lo quieres.

—¿Y hacerme como tus amigos?

—Tú eras mi amigo.

—Se disfrazan. Los conocí cuando usaban chamarras de San Juan de Letrán. Para ellos soy un enfermo que no quiere curarse y del que deben alejarse con disimulo para evitar el contagio.

—Me aburres.

—¿A dónde va? —Lo dices en voz alta.

Titubeando, contesta. —Ya le había dicho. A Psicología, a la Facultad de Psicología, en Ciudad Universitaria.

—Sí, claro. Hacia allá vamos.

Con la luz verde avanzas la media tarde. Ciudad Universitaria aún está lejos, en otro tiempo, cuando le cerrabas los libros para que te siguiera en tus sueños de anarquista. Tus sueños de entonces, ese delirio al que ahora temes, pues te sabes pusilánime.

Miras la ciudad y escuchas sus reverberaciones, con sus eternos andamios. Sientes un breve alivio a tu sopor, proveniente de una brisa que te hace olvidar momentáneamente la sensación del aire inerte, vaciado de vigor. Pero ahora te encuentras dentro de la ciudad, del coche, de ti, en tus ojos dilatados que observan un edificio más inclinado que otros, como si su caída se hubiera detenido o el tiempo no transcurriera en esa parte del espacio, sólo para indicarte tu personal catástrofe.

—¿Tiene prisa?

—Voy a un examen.

—Entiendo.

—No lo crea.

—¿Por qué no? Con quién lo tiene.

—Con un profesor que se llama Horacio...

—Ruvalcaba.

—Sí, él. ¿Lo conoce?

—Cómo no. Mucho tiempo le ayudé a calificar exámenes, cuando intentaba hacer méritos. No se preocupe, conozco a quien ahora le ayuda. Si quiere le digo que la conozco, en fin. Que la califique con imparcialidad.

—Qué casualidad. Sí, es lo que quiero. Debe saber que muchos se quejan de que sus notas son un tanto arbitrarias.

—¿Que si lo sé? ¡Vaya que si lo sé! No se preocupe. Lo que son las coincidencias.

—Se lo voy a agradecer muchísimo.

—¿Cómo se llama?

—Perdón. Me llamo Claudia. ¿Y usted...?

Piensas en la venganza. No sabes cómo ni siquiera estás seguro de qué. ¿De que haya perdido el gusto por ti? ¿De que haya abandonado sus intentos por encontrar coincidencias contigo? Tus lecturas y tus gustos seguían siendo los mismos. Las mismas lecturas con que las primeras veces la impresionaste y después se convirtieron en una simple reiteración. Reiteración de salmista. Habías perdido las coincidencias y los temas de charla con ella y con sus conocidos.

Tú manejabas mientras ella estudiaba en la Universidad, la misma a donde ahora te diriges. Todo para que terminara por dejarte, fastidiada de tus reproches. La ves por el espejo. Ella sonrío, le has abierto una esperanza a su pasajera desesperanza. Qué coincidencia. Se enciende la luz verde, fijas tu atención en el ocioso tránsito de las cuatro de la tarde. La loma del Viaducto, el Hotel de México, Churubusco, el teatro de los Insurgentes.

Te sientes un mago que ante su público está a punto de sacar el conejo del sombrero. Te internas en el circuito universitario, hábilmente te metes en el estacionamiento. Le preguntas:

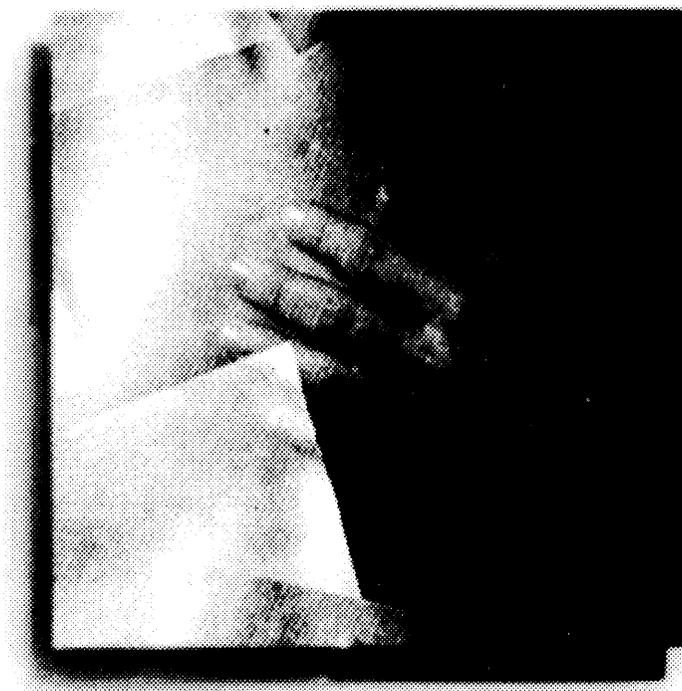
—¿A qué hora termina el examen, Claudia?

—Supongo que a las ocho —te responde, viendo por vez primera tu cara sin la mediación del espejo.

—¿Estará bien si paso por ti a esa hora, para que me cuentes cómo te fue?

—Sí, por qué no. Te cuento.

Sientes en su respuesta un gesto de agrado hacia ti, que en las siguientes horas te habrá de excitar sobremanera. Te regala una sonrisa y baja del coche con prisa. Olvida pagarte y tú olvidas cobrarle el pasaje.



LA MISMA OBRA

—¿Y de mí qué le interesa? Debo parecerle un miserable —agregó con desaliento el escritor. Se siente mal.

—El dolor, ¡claro! El dolor es lo único sincero —le replió Silesius, no sin un dejo de fastidio.

—¿Por qué yo? —volvió a recriminar Armando.

—Se lo reitero, amiguito, para el Señor todas las almas son iguales.

El escritor Armando Valtierra había leído en un viejo pasquín que para convocar un pacto demoníaco era indispensable la escenificación de un compulsivo acto de paroxismo blasfemo; se atendería con prontitud aun si el llamado careciera de sinceridad, y, para su sorpresa, había conseguido su propósito. "Estrepitosamente falso", le refirió Silesius —que así se presentaba el emisario del Demonio— acerca de su actuación, con algo de humor también fingido.

Armando Valtierra, escritor de once libros, todos desdeñados por la crítica, todos elogiados del mismo modo por

su pequeña cofradía de iniciados, cuya afición obsesiva consistía en increpar a los grandes santos del oficio. Clamaba un poco de indulgencia.

—¿Acaso mi obra, el trabajo de toda mi vida, carece de virtud? Cómo la juzga usted o su Señor. Dígame sinceramente, ¿merece tanto ninguneo?

—Mire jovencito —carraspeó Silesius la garganta, al tiempo que se acomodaba su sombrero de palma y atisbaba con desconfianza el ambiente—, le propongo el siguiente razonamiento: el ojo con el que usted la escribe es el mismo con el que El la lee. ¿Me explico? ¿No? Piénselo de este modo —atrayendo la atención a sus dedillos y agregando con sorna auténtica—, en sentido estricto y figurado, la disputa entre la Divinidad y mi Señor es una mera discusión literaria.

Pasan semanas, un par de meses y comienzan a surgir las primeras reseñas a las cuales se suceden otras. Se lee en sus libros lo que antes no se había leído y se encuentra

en ellos materia de sueños nunca antes concebidos. Vienen las presentaciones, las entrevistas, el milagro de las reediciones. También el alejamiento de la antigua tertulia de egoístas. No obstante, algo no encaja. Su obra sigue idéntica, pero él ya no puede leerse con la misma indulgencia. Encuentra en sus textos carencias que antes había soslayado, la reiteración de lugares comunes dentro de una misma miseria verbal; sobre todo, la evidente incapacidad para dotar con un alma a los cuerpos confusos de cada uno de los personajes descritos.

En la soledad, el escritor se siente mal.

EL MAESTRO

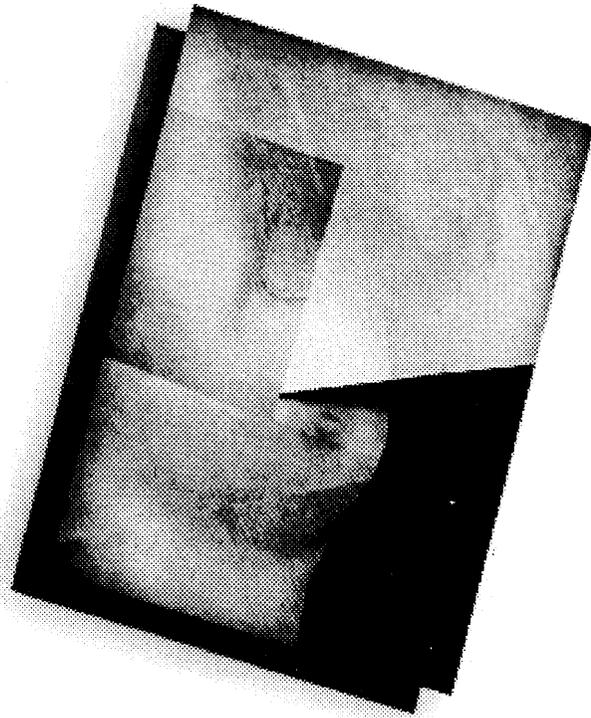
Molesto, el viejo brujo chasqueó la lengua: "Debes soñar tu mano". Y esa noche el perenne aprendiz de brujo soñó a su maestro decirle: "Debes soñar tu mano, esa será tu prueba". Supo entonces que soñaba y recordó que la realidad podía ser transgredida a condición de ser soñada exacta, minuciosamente. Vio cada uno de los surcos que la cruzan, midió lentamente la extensión de sus dedos; sus dedos que acumulaban tiempo y envejecían; sus dedos que comenzaban a no ser suyos, sino las garras de un ave de presa. Garras que apresaban, desgarraban su cuello, sin dejarlo respirar. En el último momento vio su rostro, el afilado rostro de su maestro ya más tranquilo decirle: "Estás reprobado".

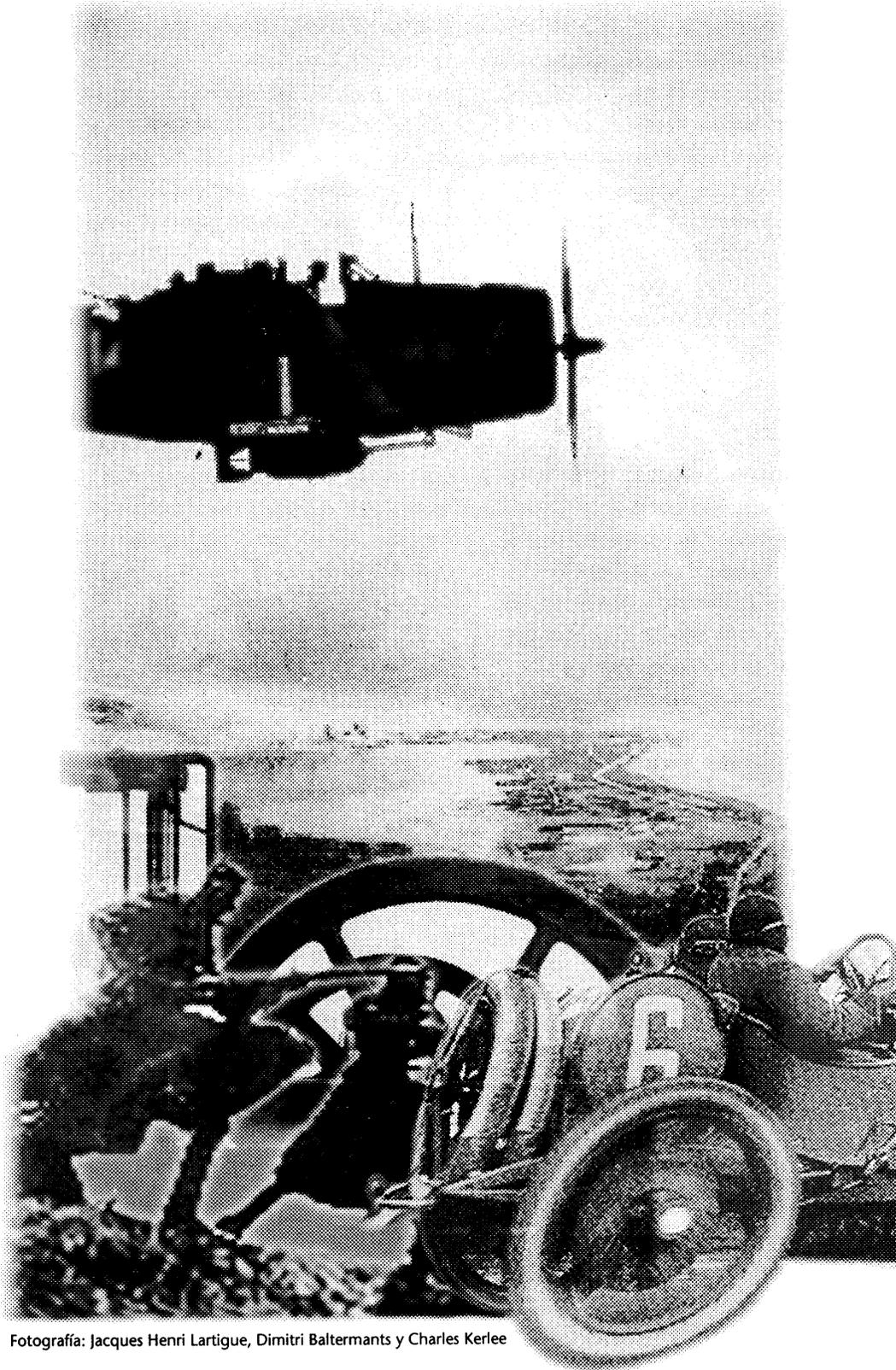
INTOLERANTES

El tren describía en la campiña inglesa su cómoda rutina. A las 60 millas se estrecharon las manos, se reconocieron las bocas. Subió su mano tibia por la seda de las medias negras provistas de una juiciosa abertura a la altura acostumbrada, las pantaletas terminaron en uno de los pasamanos, en tanto los tobillos de ella asomaban, encantadores y con los tacones en su sitio, sobre uno de los respaldos; se gozaron entre gemidos de terciopelo. Pasaron entre los demás asientos, con ella asomada a la ventana o al pasillo y sus campanas invertidas flotando acompasadas. El público asistente se desentendió hasta que los amantes

optaron por sendos cigarrillos que los hizo huéspedes repulsivos de la multitud presente.

Poco después viajaron a México. Encaramados en el tren de las 5 que sale a las 6 decidieron cruzar la sierra. Molestos por el retraso, el calor, el ruidoso bamboleo o por el gusto de existir, se dedicaron a increpar al vendedor de mezcal, quien sin decir nada se retiró a otro de los carros, patearon la jaula de los pájaros de una anciana a los que soltaron y desearon feliz viaje, se divertieron revolviendo el equipaje de los pasajeros y rasgando los asientos con el pretexto de una infructuosa búsqueda y una falsa representatividad policiaca, fumaron y mascullaron soezmente en tribunas improvisadas. Después de los 100 Km sintieron la calma de la incesante subida y se refugiaron, felices, en ellos mismos; él le sugirió algo impreciso al oído a lo que ella respondió sumergiendo su lengua en el cuello y la nariz en el pelo. La mano de él procedía a delinear gustosa, bárbaramente, la seda natural de sus piernas, hasta que al llegar a la altura más pronunciada de su anatomía los demás pasajeros, amotinados, los increparon multidinariamente: de ningún modo les permitirían faltas a la moral.





Fotografía: Jacques Henri Lartigue, Dimitri Baltermants y Charles Kerlee